



Seix Barral Biblioteca Breve

Andrés Mauricio Muñoz
Hay días
en que estamos idos

**CAPÍTULO DE MUESTRA
SIN VALOR COMERCIAL**

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Diseño de la colección: Josep Bagà Associats

Ilustración de portada: Alejandro Giros

© Andrés Mauricio Muñoz, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6283-7

ISBN 10: 958-42-6283-1

Primera edición: octubre de 2017

Impreso por:

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Para Marianita, mi luz, mi cielo,
mi vida hasta el final de los tiempos.
Mi hija.*

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

Nada hay tan insoportable al hombre como el reposo absoluto sin pasiones, sin acción, sin distracción, sin aplicación. Entonces es cuando siente su nada, su desamparo, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su inanidad.

BLAISE PASCAL

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

CAPÍTULO DE MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL

LORE, EL NIÑO NO APARECE

Cuando Lore pasó al teléfono su voz era festiva. Entonces comenzó, como solía hacer, a desparramar en la llamada todo lo que tenía por decir; en un principio me puso al tanto de que había conseguido un lugar para alquilar los trajes que usaríamos en la boda de Tatiana. Tienen unos vestidos divinos, decía con entusiasmo, si vieras cómo vamos a quedar de lindos. Estaba tan aturdido que no supe cómo contener la avalancha, tal vez porque no sabía muy bien qué decir, pero también porque yo mismo no entendía lo que sucedía. Pero al cabo de unos segundos la interrumpí. Lore, le dije; Lore, repetí, el niño no aparece.

Llegó a la casa veinte minutos después. Estaba agitada y me pareció que en el camino cientos de hipótesis la habían acechado sin ningún tipo de clemencia, lo cual no era normal en ella. Cuando había tratado de explicarle por teléfono lo que estaba pasando no comprendió nada, pese a que acudí a toda la pedagogía de la que era capaz cuando discutía con ella. Cómo así que no aparece pero me habla, preguntó en el teléfono luego de haber hecho una pausa en la bocina como para organizar dentro de su cabeza lo que acababa de escuchar. No aparece, así como te lo digo, pero escucho su voz en alguna parte de la casa, le dije un

poco exaltado; parece que está en el estudio, como si se hubiera metido al cielorraso o a algún resquicio oculto en medio de las paredes. Esto es absurdo, me dijo, parece que has estado tomando, Gerardo; mal que sea así, me dijo, porque prometiste que no lo volverías a hacer y llevas más de dos años en completa abstinencia. Tuve que contarle con más detalle la cronología de lo sucedido, para que comprendiera que aunque a mí también me parecía absurdo, las cosas eran tal cual como se las estaba contando.

Había terminado una reunión en la oficina bastante estresante, la cual me llevó a decidir que no quería saber más de asuntos laborales y me marché para la casa. Pero antes de salir llamé a la empleada y le pregunté si el niño ya había llegado del colegio. Me contestó que sí, que había llegado, que la ruta había demorado más de lo normal, que tuvo que esperar casi una hora en la portería del conjunto. Está jugando arriba con sus juguetes, dijo después; entonces pensé que me oxigenaría un poco jugar pelota con él en el parque del conjunto. Además, a JuanSe le encantaba. Subí trotando las escaleras haciendo rebotar la pelota, convencido de que esto lo haría salir corriendo a recibirme, cogirme de la mano y llevarme a rastras para el parque. Sin embargo, JuanSe siguió jugando con sus naves de Stars Wars, hablando como el maestro Yoda, Luke Skywalker o cualquiera de estos personajes de los que siempre me contaba antes de acostarse, con una devoción esmerada y genuina. Abrí la puerta de su habitación. Estaba vacía. El Halcón Milenario y los muñecos que le habíamos comprado hacía tan solo unas semanas estaban dispuestos sobre la cama, a la espera de una cruenta batalla. JuanSe, mi amor, dije, mirando hacia las gradas que conducen al tercer piso, ven, que llegó tu papá; en ese momento escuché su voz

como si saliera del medio de las paredes o del cielorraso. Hola, papá, me dijo con un tono inflexible, despreocupado, como aquellos a los que apelaba cuando estaba sentido por alguna de sus frustraciones cotidianas. Caminé hacia el estudio pero solo vi mis libros revueltos, tirados sobre el sofá sin que nadie los hubiera vuelto a organizar en las estanterías. Entré a la habitación de huéspedes y la encontré como siempre; es decir, la cama perfectamente tendida, un par de revistas sobre la mesita de noche, una caneca para la ropa sucia y el televisor apagado enfrente de la cama. Dónde estás, hijo, no te veo; aquí, dijo JuanSe, sin ningún tipo de énfasis. Aquí dónde, repetí, un poco molesto; aquí, jugando con los juguetes que me compraste.

Cuando dijo esto último una suerte de vacío me habitó. La razón es que su voz tenía una cadencia extraña, como uno de esos tonos vagos y dispersos que sin pudor anuncian las tragedias al otro lado de una línea telefónica en alguna madrugada. Aquí dónde, corazón, le pregunté, con mi voz entrecortada por los nervios; aquí, contestó, solo que no sé dónde es aquí. De inmediato llamé a la empleada y le pedí que me ayudara a buscarlo. Mientras entrábamos y salíamos de los cuartos, nos agachábamos para mirar debajo de las camas, esculcábamos en los armarios y vaciábamos las canastas de la ropa, Rosaura me contó que hasta hacía tan solo unos minutos lo había visto cruzar por la sala con todos sus muñequitos en la mano. Le pedimos que hablara más fuerte, que tratara de ubicarse, pero JuanSe decidió guardar silencio y no volver a hablar. Por momentos traté de calmarme. Detuve la búsqueda con una mano en alto para que Rosaura, que también lucía angustiada, me ayudara a pensar. Hicimos un inventario de los lugares de la casa, repasamos cada uno de nuestros

desplazamientos y tratamos de concentrarnos en la parte de donde, me parecía, había provenido la voz. Después tiré todos los libros al piso y acto seguido desempotré la biblioteca de la pared, buscando algún tipo de pasadizo que hubiéramos pasado por alto cuando compramos la casa.

Lore me miró con los ojos muy abiertos. Recuerdo que sus pupilas se movían con bastante excitación. El peso de su expectativa parecía a punto de aplastarla. La miré por algunos segundos como quien se dispone a confirmar una desgracia, pero después moví la cabeza hacia los costados diciendo que no, que el niño no aparecía. Lore subió corriendo las escaleras; la seguí, asistido por una repentina esperanza de que ella lograra resolverlo todo, porque desde que nos casamos advertí de inmediato su habilidad para solucionar los problemas de la manera más práctica. Lore no era una mujer que bajara los brazos en señal de rendición sin haberse batido en la arena; el agobio, que a mí me visitaba con facilidad, a ella la evadía con soltura. Cuando el niño estaba pequeño varias veces entré en pánico porque se atoraba, en cambio Lore lo sostenía en sus brazos y lo miraba fijamente; espera, decía, él mismo va tosiendo hasta que se desatore. O si algún enrojecimiento o erupción en la piel le aparecía, me abrumaba la posibilidad de que fuera una infección o una bacteria peligrosa y procuraba salir para la clínica sin importar la hora; Lore, mucho más cauta, analizaba el pedazo de piel afectada, luego lo rozaba con los dedos y decía: está reseca la piel, ahora le untamos cremita. Así era con todo, de tal manera que mi mejor opción no era otra que dejar mi angustia en sus manos. En el segundo piso comenzó a decir: JuanSe, amor mío, sal, que nos tienes preocupados, ven y vamos al centro comercial, acompáñame a comprar

unas candonguitas. La respuesta de JuanSe se escuchó con nitidez: No puedo, mamá, no quiero. Caminamos hacia el estudio. Lore entró, pero levantó su mano para detenerme, al tiempo que miraba todo el caos que había generado mi búsqueda; después me hizo un gesto para que me alejara. La vi sentarse en el piso, armada de paciencia. Entonces bajé al primero y desde ahí escuché cómo le hablaba. Le preguntó cómo le había ido en el colegio. JuanSe pareció entusiasmarse porque su voz recuperó su énfasis y comenzó a contarle que Fede y Valeria no lo habían dejado jugar con ellos durante el descanso. Parece que están bravos conmigo, le dijo.

Así había sido casi siempre. Desde que JuanSe comenzó a hablar, entre ellos se instaló una complicidad de la que me sentía al margen; no quiero decir que no me hicieran partícipe, pero sí que en aquellos momentos me sentía como si fuese un fisgón que escucha lo que no le corresponde. Lo mío con él era más de jugar, atacarnos de risa por unas magias estúpidas a las que me entregaba con el rigor de un mago curtido en el ilusionismo, tranzarnos en feroces luchas en la cama o batirnos a los almohadazos hasta que alguno implorara un poco de indulgencia. Competíamos como si fuésemos niños de no más de cinco años; aunque JuanSe los tenía, yo asomaba mis narices en el cuarto piso, sorprendido de lo canalla y ruin que puede ser la vida cuando se esmera en aviejarnos. Que yo fuera su padre nunca fue un impedimento para derrotarlo varias veces hasta que a él no le quedaba más remedio que llorar. En momentos así, cuando las lágrimas escurrían por sus mejillas, JuanSe pensaba solo en Lore. La buscaba por toda la casa y al encontrarla se arrojaba a sus brazos. Cuando llegaba del colegio, si pretendía que me contara algo se

volvía muy parco conmigo; a ella, en cambio, le refería todos los sucesos de su jornada con mucha aplicación en los detalles. Si se sentía triste recostaba la cabeza en sus piernas para que ella lo acariciara. Si le dolía la barriga le encantaba que Lore se la masajeara. Cuando estaba cansado se despaturraba en la cama junto a ella. Luego comenzaban a hablar de películas, programas de televisión o álbumes que llenaban juntos. Entonces yo bajaba al estudio, cogía un libro y me ponía a leer hasta que me dormía.

Cerré mis ojos y los escuché hablar. A veces entendía lo que estaban diciendo; sin embargo, por momentos solo me llegaban susurros. Se me hizo extraño que Lore no le preguntara dónde estaba, pero aun así confié en que estaba haciendo lo correcto, porque en ese tipo de situaciones críticas ella era de lo más atinada. Varios minutos después escuché que le pidió que saliera. JuanSe se negó aunque lo hizo con dulzura; no, má, no puedo, además que acá está chévere. Lore asumió un tono de reproche mesurado pero intimidante, de esos a los que apelaba cuando el niño se rehusaba a comer o a acostarse por las noches. Pero JuanSe, imperturbable, le contestó con serenidad que no podía, que no quería, que lo dejaran un rato porque necesitaba estar solo. De alguna manera parecía como si su confinamiento lo blindara de la posibilidad del castigo, dotándolo de una seguridad inusitada. Al cabo de unos minutos Lore bajó. Se quedó mirándome y luego pasó su mano por la cara desde la frente hasta la barbilla, aplastando su nariz. Quiso saber lo que yo pensaba al respecto. Pero no supe qué decirle. Durante el tiempo que estuvieron hablando traté de construir alguna hipótesis medianamente sensata, pero no pude. Fue entonces cuando propuso golpear las paredes y los espejos, buscando algún sonido hueco que

revelara algún pasadizo. A JuanSe siempre le había gustado esconderse; es decir, taparse con cojines, meterse debajo de una cama o camuflarse con la ropa dentro de un armario. Le divertía comprobar cómo lo buscábamos. En aquellas ocasiones siempre supimos dónde estaba, pero hacíamos el deber de recorrer toda la casa llamándolo con desespero fingido hasta que lo encontrábamos; entonces se moría de la risa y corría de nuevo para buscar otro escondite.

Tomé una escoba. Lore desprendió el palo de un recogedor y comenzamos por las paredes del primer piso. Dábamos golpecitos y aguardábamos unos segundos; nos mirábamos, como una forma de intuir en el otro algún tipo de sospecha. Entre los dos alternábamos los golpes. Lore tocaba el piso, yo la pared; Lore golpeaba con sus nudillos los espejos de los baños, después yo el cielorraso; Lore daba manotazos sobre los azulejos mientras yo ponía mi oreja en el suelo. En esa sucesión de golpes se fue escurriendo la tarde hasta que llegó la noche, ahora sí los dos equiparados en angustia. Comencé a gritar, aferrado a la ingenuidad de que JuanSe, intimidado, saliera de su escondite. JuanSe no contestaba. Lore me dejó hacerlo, pero unos segundos después me abrazó y me suplicó un poco de paciencia. Me tomó de la mano y me llevó hasta la sala; luego nos abrazamos y lloramos juntos hasta que Lore decidió que lo mejor era acostarse. Tal vez nuestra indiferencia, pensó, lo haría recapacitar; a lo mejor al otro día lo encontrábamos durmiendo en su cama muy bien arropadito.

Cuando abrí los ojos Lore estaba despierta. Lo primero que vino a mi mente fue la imagen de JuanSe. Durante la noche había bajado varias veces a su cuarto, pero su cama permanecía vacía. En un par de ocasiones intenté hablarle,

pero JuanSe no contestó; sin embargo, al aguzar mi oído pude escuchar que dormía, lo cual me tranquilizó un poco. Los ojos enrojecidos de Lore me develaron que seguía sin aparecer; acabo de bajar, pero no está, me dijo, algo le pasa al niño, no es normal que no quiera saber nada de nosotros. Me contó que ella también había bajado durante la noche, que estuvo un rato acostada en su cama, que lo había escuchado dormir, pero no quiso despertarlo aunque le doliera imaginar que estuviera incómodo, expuesto a ese tipo de peligros que los niños no advierten. La abracé y le propuse buscar ayuda psicológica; tal vez algo estábamos haciendo mal y solo un experto supiera orientarnos para saber cómo proceder. Lore estuvo de acuerdo. Pero aun así toda la mañana estuvimos buscándolo, replicando con rigor la misma faena de la tarde anterior. No escuchar su voz nos exacerbaba la ansiedad. Pero JuanSe, como si entreviera cuando parecíamos a punto de derrumbarnos, producía sonidos con su boca, se movía o nos decía algo lindo, acudiendo a esa ternura que le conocíamos desde que era un niño de brazos. Papá, mamá, los quiero mucho, dijo en un momento en que Lore recogía los pedazos de un jarrón que destrocé. Nos miramos. Lore le suplicó, con la voz quebrada, que por favor saliera, que entre todos comprenderíamos cualquier cosa que ocurriera y le daríamos manejo. No puedo, mamá, dijo JuanSe; entonces lo sentimos caminar, moverse hacia otro lado de la casa.

La terapeuta nos escuchó con atención. Lore movía sus manos como si trazara figuras en el aire, explicando los hechos; por momentos me miraba buscando respaldo, a lo que yo respondía asintiendo, agregando algún detalle y volviéndola a mirar para que continuara. En ocasiones su voz se desvanecía hasta convertirse en un chillido, lo que la

obligaba a detenerse, tomar un poco de aire e intentar de nuevo. Escucharla hablar me reveló aspectos que no había advertido, sumergido como estaba en el continuo estrés de mi oficina; ella sentía que el niño venía demandando más atención de lo normal desde antes, se le dificultaba seguir instrucciones y se había vuelto un poco insensible e irascible cuando le llevaban la contraria. Aunque esto era nuevo para mí me limité a asentir con mucha sutileza, procurando no darles la cara para evitar que me pidieran detalles. La terapeuta, aunque nos sugirió algunas tareas para hacerle frente a lo que sucedía y apaciguar la situación, consideró necesaria una visita a la casa; quería hablar con el niño, escucharlo, tratar de ver el mundo con sus ojos. Después nos explicó que había herramientas holísticas de mucha utilidad para que niños más sensoriales neutralizaran sus emociones cuando algo les producía enfado, frustración o ira contenida. Lo que sucede es que JuanSe ha buscado, por pura intuición, lo que se conoce como un *tiempo fuera positivo*, que no es otra cosa que un lugar dentro de la casa al que pueda acudir cuando se sienta abatido.

Aunque la cita quedó programada para el día siguiente, nos abrumó el hecho de no saber cuál era ese lugar de la casa desde donde JuanSe nos hablaba, si estaba expuesto a peligros, qué estaba comiendo, cómo acceder a su escondite. Ya comí, má, contestó ante nuestro clamor cuando regresamos a la casa; pero qué, preguntamos, qué estás comiendo, amor, dijo Lore, de dónde diablos sacas la comida, grité yo, encolerizado. Pero JuanSe no contestó, en cambio comenzó a hacer con la boca el sonido de una nave que despegaba. Fue Lore quien advirtió que aquel era el sonido del Halcón Milenario; fue ella quien descubrió también que la nave había desaparecido de la cama.